

—¿Tengo razon en quererlo y respetarlo como á mi padre?

—¡Voto va! y mucho; y desde hoy te quiero mas yo á tí y á él.

—¿Le salvarás?

—¡Te lo juro! primero me matan!.....

En este momento los compañeros del Jején entraron á la fonda.

XV.

Las consecuencias de la historia de Paulita.

Es la hora? preguntó el Jején á uno de los que entraban.

—Sí—contestó el otro.

—Vamos, pues.

—Vamos—contestaron los otros.

El Jején se levantó, tomó su sombrero y dijo á los demás: esperadme afuera un momento.

Los hombres salieron.

—Paulita—le dijo entonces Lucas, tomando cariñosamente la mano de la jóven—voy á hacer por ese hombre lo que podria en igual caso hacer por un hermano mio.

—¿Qué cosa?—preguntó la jóven con interés.

—Voy á salvarle la vida y á darle la libertad: Don Enrique va prisionero y nosotros llevamos encargo de matarle; le amenazan, pues, dos peligros, y de ambos le salvaré.

—¡Lucas, eres todo un hombre!

—Paulita, no le mataremos, y además le sacaremos de las manos de los soldados del rey: lo que ese jóven ha hecho

por tu padre y por tí, le da el derecho de ser respetado por todos los hombres que hemos sabido lo que es la miseria.

—¡Oh! y cómo voy á quererte!

—Oyeme, Paulita: si logro salvarle, aquí le traigo.

—¿Aquí?—exclamó Paulita poniéndose pálida.

—¿Tienes acaso miedo de la justicia?

—No; pero..... volver á verle, y en mi casa, sería mucha felicidad; quizá te daría celos.

—Paulita, yo soy un hombre malo; he robado, he asesinado, ¡voto al demonio! pero sé lo que es querer y lo que es agradecer: ¡qué diablo! le traeré aquí, y si os enamorais y os quereis de nuevo, Dios os bendiga como vos me bendecereis: vaya, alguna vez haré algo bueno por tanto mal como he hecho, y quizá Dios me lo recibirá en cuenta. Hasta luego.

Y embozándose en su capa para ocultar mejor su emocion, el Jején salió apresuradamente de la fonda.

Paulita quedó sola enteramente, y entonces, alzando sus ojos al cielo y juntando sus manos sobre el pecho, exclamó con un acento que partía del fondo de su corazón:

—¡Gracias, Dios mío!..... todavía le amo.....

El Jején, seguido de sus tres compañeros, atravesó las calles que conducían al puente de la Audiencia, sin que ninguno de ellos pronunciase una sola palabra.

Al llegar cerca del puente se adelantó, y dejó á los otros, en espera de su vuelta, parados á corta distancia.

Un hombre esperaba también en el puente.

—Jején—dijo aquel hombre, que era Don Justo.

—Señor—contestó el Jején.

—¿Estás listo?

—Sí, señor.

—¿Tus compañeros?

—Adelante esperan.

—Vamos por los caballos; llámalos.

Jején silbó de un modo particular, y los hombres se aproximaron.

—¿Todos vienen armados?—preguntó Don Justo.

—A su satisfaccion—contestó Lucas.

—Vamos.

Y Don Justo echó á andar, seguido de los cuatro ladrones.

Tomaron por la calle de Tacuba y siguieron adelante, caminando sin parar hasta salir casi de la ciudad.

Allí se levantaba una especie de granja, triste y arruinada, cercada de árboles que se dibujaban vagamente entre las sombras en el oscuro firmamento.

Se acercaron hasta la puerta sin que nada indicara que había allí habitantes; ni una luz, ni un ladrido de perro, ni el canto de un gallo, ni una voz humana; nada, nada.

Don Justo buscó en el suelo una piedra, aplicó tres golpes fuertes en la puerta, y esperó.

Pasó largo rato, nadie abrió, y entonces volvió á golpear, pero no fué solo por tres veces, sino que continuó hasta que adentro se escuchó la voz de una mujer que gritaba:

—Allá voy, allá voy.

—¡Bendito sea Dios!—dijo Don Justo cuando la mujer que había gritado abrió la puerta—creí que se habían muerto ó estaban sordos.

—No, señor; el hombre está por allá dentro disponiendo los caballos, porque ya dijo que era hora. Pasen sus señorías.

Don Justo y los hombres entraron, y la mujer volvió á cerrar la puerta.

—Por aquí—les dijo, y comenzó á guiar alumbrando con un velon de sebo que llevaba en la mano.

Penetraron primero á un patio rodeado de toscos y ba-

jos arcos formados de ladrillo; el piso estaba cubierto de montones de tierra, en donde nacian los granos que caian allí, sin duda del alimento de las bestias.

Las paredes estaban ahumadas, los techos viniéndose abajo, y la yerba crecía en las cornisas.

Atravesaron un pasillo angosto y sombrío; el viento, que corria por allí produciendo una especie de gemido triste, apagó el velon de la mujer.

—Quedamos bien—dijo con enfado Don Justo.

—Siganme sus señorías—contestó la mujer;—ya no hay cuidado.

Los hombres, siguiendo á la mujer y tropezando á cada paso, llegaron por fin hasta un gran corralon, en el que á la incierta luz de las estrellas divisaron algunos bultos.

—Manuel, Manuel—gritó la mujer.

—¿Qué hay?—preguntó á lo lejos una voz.

—Aquí están ya lo señores.

—Voy.

A pocos momentos, un hombre alto y en calzon blanco y camisa, sin mas ropa y sin sombrero, se llegó al grupo.

—Buenas noches, Manuel.

—Buenas noches, señor—contestó el hombre.

—¿Están los caballos listos?

—Sí, señor.

—Tráelos aquí.

El hombre se apartó, y volvió á poco trayendo de la brida dos caballos.

—Este es—dijo señalando uno—el del señor jefe.

El Jején, sin hacerse llamar, se apoderó del caballo y saltó ligeramente sobre él.

—Bueno—exclamó haciéndolo mover.—Bueno; estoy á gusto.

—Y yo tambien—dijo otro de los hombres que habia montado.

Lo mismo respondieron los otros.

—Pues en marcha, y que Dios os guie—dijo Don Justo;—ya sabes adónde, Jején; un coche.

—Sí, señor: ¿por dónde se sale de esta casa?

—Por aquí—dijo Manuel; y condujo á los de á caballo hasta una gran puerta que abrió y que daba al campo.

—Ahora—agregó—por esta calzada derecho hasta Chapultepec; de ahí ya sabreis por dónde os conviene iros.

—Adios—dijo el Jején, y picó su caballo.

—Adios—contestó el hombre; dejó pasar á los compañeros de Lúcas, y cerró la gran puerta.

.....
.....
Rodaba pesadamente por la calzada de Ixtapalapa el coche que conducía á Don Enrique prisionero.

El oficial velaba, pero Don Enrique, devorado por la fiebre, dormitaba en uno de los ángulos del carruaje.

Los soldados de la escolta dormitaban tambien sobre sus caballos.

Llegaron á un grupo de árboles, y repentinamente cuatro hombres se desprendieron del bosquecillo y se lanzaron sobre la desprevenida escolta, que echó á huir perseguida por tres de aquellos hombres.

Los cocheros abandonaron á las mulas y huyeron tambien á pié.

El otro hombre, que era el Jején, se dirigió al carruaje en los momentos en que el oficial bajaba de él con la espada en la mano.

—¿Sois Don Enrique?—preguntó el Jején.

—Soy un oficial de S. M.—contestó el otro.

El Jején se precipitó sobre él, y antes de que pudiera defenderse el oficial, le hendió el cráneo de un sablazo.

A este tiempo llegaron de vuelta los que habian ido en persecucion de la escolta.

—Acabad con ese—dijo el Jején señalando al oficial, y se dirigió al carruaje.

—Don Enrique, Don Enrique!—exclamó.

—¿Qué me quereis?—contestó con voz lánguida el enfermo.

—Salid pronto; venid, estais libre.

La voz de libertad anima hasta á un moribundo. Don Enrique hizo un esfuerzo y salió del carruaje; los compañeros del Jején se habian acercado.

—Montad en este caballo—dijo Lúcas, mostrándole uno que los suyos le habian quitado á los de la escolta.

Don Enrique obedeció.

—Ahora seguidnos.

Y todos al galope desaparecieron, dejando como huella de la aventura un coche abandonado y un cadáver.

.....

Desde entonces no se volvió á saber lo que habia sido de Don Enrique Ruiz de Mendilueta. El virey y Don Justo le creyeron muerto; el viejo conde de Torre-Leal le lloró, pero siempre alimentando la esperanza de volverle á ver, no quiso declarar heredero del título al hijo de Doña Guadalupe.

Por aquel tiempo celebróse la boda de Don Diego y de Doña Marina, y ambos desaparecieron de México.

Para escribir este libro hemos tenido que retroceder algunos años; así era preciso, y volvemos ya á tomar el hilo de nuestra historia.

TERCERA PARTE.

BRAZO-DE-ACERO.

I.

Juan Darien.

EL auxilio que la armada española envió á Puerto Príncipe, llegó demasiado tarde; los piratas habian desocupado ya la villa, llevándose cuanto pudieron; pero antes de darse á la vela Morgan puso en libertad á cuantos prisioneros españoles tenia.

Tal conducta impresionó tan favorablemente al jefe que mandaba las fuerzas auxiliares, que cuando le presentaron á Brazo-de-acero, se mostró con él muy complacido.

Algunos marineros del «Santa María de la Victoria» declararon haberle visto al servicio de S. M., desde la isla Española, y agregaron que podia ser muy bien que Antonio se hubiera escapado como lo hicieron otros.